MUNDO DE LIBROS

Pachín González

JOSÉ MARÍA DE PEREDA

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Pachín González

José María de Pereda

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTAS DEL TRANSCRIPTOR

En la versión de texto sin formatear el texto en cursiva está encerrado entre guiones bajos (_cursiva_) y el texto en Versalitas se representa en mayúsculas como en VERSALITAS.

El criterio utilizado para llevar a cabo esta transcripción ha sido el de respetar las reglas vigentes de la Real Academia Española cuando la presente edición de esta obra fue publicada. El lector interesado puede consultar el mapa de Diccionarios Académicos de la Real Academia Española.

En la presente transcripción se adecuó la ortografía de las mayúsculas acentuadas a las reglas indicadas por la RAE, que establecen que el acento ortográfico debe utilizarse, incluso si la vocal acentuada está en mayúsculas.

Se han corregido errores evidentes de puntuación y otros errores tipográficos y de ortografía.

La portada de este libro electrónico fue modificada por el transcriptor y ha sido incluida en el dominio público.

* * * * *

OBRAS COMPLETAS
DE
D. JOSÉ MARÍA DE PEREDA

OBRAS COMPLETAS
DE
D. JOSÉ M. DE PEREDA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO XVII

PACHÍN GONZÁLEZ

DE PATRICIO RIGÜELTA--AGOSTO
EL ÓBOLO DE UN POBRE--CUTRES--POR LO QUE
VALGA--EL REO DE P...--LA LIMA DE LOS DESEOS
VA DE CUENTO--ESBOZO--DE MIS RECUERDOS
HOMENAJE Á MENÉNDEZ Y PELAYO

MADRID
EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
1906

Es propiedad del autor.

[Ilustración]

ÍNDICE

Pág.

CARTA-PRÓLOGO **5**

Pachín González 13

De Patricio Rigüelta (redivivo) á Gildo «el Letrado», su hijo, en Coteruco 121

Agosto (bucólica montañesa) 137

El óbolo de un pobre 175

Cutres 185

Por lo que valga 221

El reo de P 235

La lima de los deseos (apuntes de mi cartera) 265

Va de cuento 277

Esbozo 291

De mis recuerdos 313

Á Marcelino Menéndez y Pelayo.--De cómo se celebran todavía las bodas en cierta comarca montañesa, enclavada en un repliegue de lo más enriscado de la cordillera cantábrica 325

[Ilustración]

[Ilustración]

CARTA-PRÓLOGO SR. D. VICTORIANO SUÁREZ.

Madrid.

Mi querido amigo: Persevera usted en la creencia, ya bien antigua en usted, de que mi trágica novelita PACHÍN GONZÁLEZ debe incluirse en la colección de mis _Obras completas_, hasta por gratitud, pues es uno de los libros que, al publicarse, más lectores me conquistó en menos tiempo; y por esta razón sola no merece ciertamente el desaire con que se le castiga, obligándole á vivir hoy

fuera de la vida común de familia, descuidada y regalona, que hacen todos sus hermanos de padre.

Á las razones que usted me da para convencerme y convertirme á sus arraigadas creencias, en vano opongo yo otras que conceptúo irrebatibles: por ejemplo, la pequeñez material de la obra, que no dará motivo para un volumen aproximado siquiera al tamaño del más pequeño de la colección de las demás obras, y que aunque lo diera con creces, el éxito venturoso que usted dice haber tenido ese librejo al nacer, bien pudo consistir en lo terrorífico del drama que narra, por desgracia rigorosamente histórico hasta en sus menores detalles, y no á la manera de describirle, con lo cual nada debería yo en buena justicia á esa avidez con que la ha leído el público, ansioso siempre de impresiones hondas y emociones fuertes, como las que produjo aquella horrenda catástrofe en aquel inenarrable día de eterna recordación.

También he alegado por razón la diferencia que va de tiempos á tiempos en el modo de escribir y de pensar desde que yo no escribo ni pienso, amén de que ni por los años que cuento ni por los males que me agobian, estoy ya para meterme en caballerías de esa especie menuda, que en nada se parecerían á las que yo tenía proyectadas cuando aún me permitía Dios andar por el mundo sano y bueno; materia que me parecía más á propósito que esta otra para dar digno fin y remate á mi larga vida de escritor, en la cual, si he aprovechado poco, he visto mucho.

Para mí, la tarea de narrarlo me sería siempre muy entretenida y grata, aunque á las gentes del público les sucediera todo lo contrario, pues al fin y al cabo siempre hallaría en lo primero muy dulce

recompensa para el disgusto que me causaría el ver que ya no me entendían los lectores al hablarles en nuestra lengua común de unas cosas que, aunque yo las consideraba como cosas suyas también, no lo eran por lo visto.

En fin, que usted, que siempre me quiso de veras, alegando de continuo por la entrada de PACHÍN GONZÁLEZ en la colección, y yo amontonando razones en contrario, incluso la de que cuando Dios había querido apartarme tan inopinadamente de todos los ruidos y vanidades de la vida, como lo ha hecho, por algo habrá sido ello, llegó usted á proponerme, como transacción del caso litigioso, la pequeñez del libro; que rebuscando yo mis cajones y cartapacios viera si quedaba en el fondo de ellos algo inédito ó poco conocido, siquiera, del público que me ha leído hasta hoy, y que con lo que de ello me disgustara menos, añadiera algo que engordara el libro y le hiciera _publicable_, y así lo hice con el más firme propósito y en obsequio á usted, que tanto lo deseaba.

En cuanto á las murmuraciones del público con motivo de esta calaveradilla mía, tan poco en consonancia con mi edad y estado lamentable de salud, usted cargaba con toda la responsabilidad de ello, pues para eso «tenía buenas espaldas», y yo, que nada puedo ni sé negar á la inagotable bondad de usted conmigo, accedí á lo que deseaba; y por eso se publica este libro, que para los que bien me quieran no tendrá otro mérito que el de ser el último que dé á luz su moribundo amigo que le abraza.

J. M. DE PEREDA. SANTANDER 15 de noviembre de 1905.

[Ilustración]

PACHÍN GONZÁLEZ

PACHÍN GONZÁLEZ

Nihil in terra sine causa fit, et de humo non oritur dolor.

(JOB, c. V, 6.)

Salió de su casa el día preciso (el de los Difuntos, por más señas), después de oir las tres misas del párroco de su aldea; día bien triste, ciertamente, para los vivos, si tienen memoria para recordar y corazón para sentir, porque los hay que no sienten ni recuerdan, sobre los cuales pasan esas y otras remembranzas como el viento sobre las rocas. Sin los alientos que le infundió el cura aquella misma mañana, sabe Dios si hubiera padecido serios quebrantos su resolución, porque fué mucho lo que lloró su madre oyendo las misas y comulgando á su lado, aunque afirmaba la buena mujer que solamente lloraba por los pedazos de su corazón que pudrían en la tierra: por aquel esposo tan providente y tan bueno, por aquella hija tan garrida y cariñosa, cuyas vidas había segado el dalle de la muerte tres años antes. Sería ó no sería esto la pura verdad en opinión del hijo, que también lagrimeaba por contagio y á cuya sutileza de magín no se ocultaban ciertas cosas; pero las reflexiones del párroco por una parte, y por otra la labor tentadora de cierto diablejo que no descansaba un punto en su imaginación pintándole cuadro tras de cuadro y siempre el último más risueño que el anterior, lograron hacerle triunfar, sin gran esfuerzo, de sus flaquezas de hombre y de sus ternuras de hijo cariñoso. Tocante á lo _señalado_ del día, no era posible elegir otro

más alegre. El vapor zarpaba el 4 á media mañana, y no le sobraba una hora del 3 para despachar debidamente los indispensables quehaceres que le esperaban en la ciudad.

Ello fué que la madre y el hijo llegaron á Santander, según lo anotó á pulso el jovenzuelo en su flamante cartera, «en la _tardezuca_ del 2 de noviembre de 1893».

Poco más de veinticuatro horas le quedaban ya que pasar en este viejo mundo, en _tierra firme_, conocida, propia... después, la inmensidad de los mares, lo remoto, lo desconocido, lo incierto, «el otro mundo», del que tantos aventureros no volvían, ó volvían envejecidos y desencantados... Pero estas notas sombrías de sus alegres panoramas imaginativos, no eran ya para traídas á cuento en ocasión como aquélla. El dado estaba echado, y no cabía volverse atrás. Adelante, pues, con el empuje de la fe de sus visiones; y por de pronto, á aprovechar bien aquel puñadito de horas que le quedaban disponibles al lado de su madre: había que saborearlas como las últimas migajas de la primera golosina que se nos da. ¡Dios piadoso! ¡que no fueran las últimas de su vida, consagradas á tan santo destino!

Estas ráfagas invernizas le mortificaron algo en las primeras horas de la noche, y eso que procuró distraerse, andando á la ventura por las calles, contemplando los escaparates iluminados de las tiendas y complaciéndose en mover la curiosidad admirativa de su madre; hasta que el cansancio y las ganas de cenar los volvieron á la posada.

Al amanecer del día siguiente, ya estaba Pachín González despierto y restregándose los ojos en la cama. De un brinco saltó de ella; y delante del escapulario bendito que se quitó del cuello y colgó de un boliche de la cabecera, rezó las oraciones de costumbre y algunas más

por las necesidades del momento. Después salió con su madre á oir una misa en la iglesia más cercana. Así, á la vez que servía á Dios, «mataba el tiempo» hasta que se abrieran los escritorios y las oficinas, y pudiera despachar sus negocios más importantes.

Desde la iglesia y antes de almorzar, quiso dar una vuelta por el muelle y un vistazo desde allí. Ya sabía él que su vapor estaba hacia la derecha, arrimado á uno de los tableros salientes de Maliaño. Se lo había dicho en la posada un huésped que había de ser su compañero de pasaje: buen barco, poderoso y grande, aunque menos lujoso que el correo, aquél de cuatro palos que se erguía como un gran señor á la misma embocadura de San Martín. En otra ocasión había visitado él uno semejante, casi igual, fondeado en el mismo sitio. ¡Qué riqueza, por dentro, de maderas finas, de terciopelos y bronces como los mismos oros! ¡Qué salones tan grandes, qué espejos tan resplandecientes, qué pompas de comedor y qué _alfombraje_ por los suelos! Cierto que no gozaban de tantas maravillas los pasajeros que pagaban tan poco como él; pero, al cabo, tan en palacio se vive habitando el principal, como los desvanes. Este vapor no salía hasta el 20, y de seguro iría atestado de pasajeros de su modesta clase, que no podrían revolverse en el sollado. Dos desventajas en comparación del otro, del _suyo_, que salía con quince días de delantera, y, por ser barco de carga principalmente, llevaba poco pasaje: ocho ó diez, á lo sumo, en buenos y desembarazados camarotes, como se vería luego... Por eso le había dado la preferencia.

Todas éstas y otras muchas reflexiones, enderezadas al mismo fin, se las hacía el chico á su madre, que le seguía, sin desplegar los labios, con su pañuelo negro á la cabeza, su chal de merino sobre los hombros, su refajo de estameña, negro también, un paraguas con

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com